

cuatro metros de cuerda. Por el estado actual del suelo y la imposibilidad de limpiarlo de la inmensa cantidad de tierra proveñida de los derrumbamientos, nadie acertaría á decir si esa caverna tiene entrada cómoda por alguna galería subterránea. Montaña abajo, existe una oquedad que induce á pensar en ello; mas hallándose obstruida con estiércol de los ganados que por años incontables habrán ido allí á hacer majada, es sobremanera dificultoso dar con otros indicios en que la presunción pueda fundarse.

De las excavaciones practicadas en esa tenebrosa caverna por buscadores de salitre, resulta que es un cementerio. A cada paso se tropieza con huesos humanos; y si no con los cráneos, es porque éstos han sido en ocasiones varias y en buen número extraídos, ya por mera curiosidad, ya para venderlos á personas estudiosas. Yo poseo uno solamente; y excuso decir el afán que me impulsaba á enriquecer con otros mi colección, cavando personalmente, ora en diferentes puntos del piso ora en las paredes, donde á modo de gavetas de panteón existen varias aberturas, á las que no sin dificultad se sube y penetra, por estar á más de dos metros

y ser estrechas, y en las que sólo hallé huesos de pequeños animales y algunas cuentas de corozo. Las antiguallas, empero, que por mi encargo fueron sacadas de ahí y los caracteres antropológicos del cráneo á que me refiero, constituyen por sí un tesoro, que la ciencia estimará debidamente.

VI

Seguro estoy de que comparadas aquéllas con las descubiertas en otros puntos del país, no presentan sello ó tipo especial que les merezca lugar aparte. Con todo, además de contribuir á dilatar los dominios de la geografía arqueológica, su misma igualdad ó semejanza con muchas ya conocidas y estudiadas, confirmará presentidas analogías y fundará no despreciables conjeturas.

Una cazuela, una olla, un plato, no ofrecen, por ejemplo, nada singular. Un molcajete, un pitón de venado, agujas de hueso, una media caña de lo mismo (0ms. 18 long), anillos y dedales de hueso con cintura, objetos son que siquiera primitivos y estimables por los lugares en que se halla-

ron, lejos están ciertamente de provocar vivo interés. Pero como muestras de cerámica, como prueba de que el arte del alfarero había salido de su infancia y de que en los más comunes utensilios había ya cierto refinamiento, puedo presentar varios pedazos de loza, unos rojos, otros negros, con relieves cuyos intersticios fueron coloreados con cinabrio después de cocido el trasto.

El bermellón ha de haber sido de muy frecuente uso. Un tejolote de Oms. 04 tiene todavía adherido almagre. Para molerlo, y quizá para hacer la harina del grano alimenticio, deben haber servido mazas de piedra como las que tengo en mi poder, una de Oms. 24, la otra de Oms. 18, por Oms. 32 de circunferencia, con huecos en la parte media que permiten cogerlas cómodamente y golpear con ellas á dos manos.

Una hacha de la misma materia que las anteriores, de Oms. 14 de largo con una cintura en medio, á la que se acomodaría un mango de madera; y otras tres hachas de piedra dura, de forma de cuña, la mayor de Oms. 15, la menor de Oms. 07, así pueden haber servido para adobar las pieles de los

animales cazados, como para descortezar ramas de árbol ó desbrozar los campos. De igual forma, del mismo tamaño, eran las que servían á los indios de los Estados Unidos, para quitar á los árboles su corteza, cerca de la raíz, en la estación en que pierden su savia, matarlos y derribarlos después por el fuego, que á la vez consumía la maleza y limpiaba el campo donde se iba á sembrar maíz.

Tres pipas de barro, finas y bruñidas, no dejan dudar que aquellos naturales cultivaban el tabaco.

Por las puntas de flecha de pedernal y las navajas de negra obsidiana, que en sus túmulos abundan, sabemos de qué armas se valían en la guerra y en la caza. - Posible es que de las ricas montañas de Guadalcázar alguna sea de obsidiana; pero eso no impedirá decir que Betancurt, en su *Teatro Mexicano*, da noticia de que entre otros cerros llenos de la piedra de las navajas, como el pedernal tan duras, hay el de Tlalchinol en la sierra de la Huasteca. Y fácil es conjeturar que allá irían á proveerse nuestros indios, cuando, por otra parte, sus conchas y caracoles marinos, agujereados,

que usarían pendientes de las orejas ó en sartas al cuello, prueban que mantenían comunicación con la costa del Golfo. De caracoles tengo buen número, todos agujereados; y aunque esta circunstancia denota seguramente que eran de adorno, no será fuera de sazón recordar que los caracoles servían de moneda á los pueblos situados en los bordes del Delaware (E. U.), á la llegada de suecos y holandeses; y que seis granos ó caracoles equivalían á un *stiver*, un ochavo de la moneda holandesa.

Los collares más usados por los indígenas de Guadalcázar eran hechos, sin duda, con cuentas de corozo, de que tengo muchas: no todas son lisas; algunas presentan un hemisferio labrado con fajas de tres y cuatro líneas; una cuenta tiene un relieve de curvas caprichosas, entre las que se ve el rojo del bermellón; y otras varias contienen piedrecitas como cascabeles.

El estudio de las figurillas humanas ministra generalmente los datos más exactos sobre las costumbres y creencias de sus artífices; y es, por consiguiente, de mayor importancia. Ninguna de las que he encontrado aparece vestida: todas son de barro,

con cara triangular, que parece ser rasgo fisonómico distintivo; y ya de hombre ó de mujer, todas tienen colocadas las manos sobre el vientre. Si se toman por imágenes de los difuntos, podría creerse que una que poseo, en la que se ve muy abultado el vientre, indica una enfermedad; no digo que embarazo, porque el busto es incompleto y no permite juzgar del sexo. Una imagen de mujer tiene pintados de rojo de almagre pecho y espalda, y *tatuados* el brazo izquierdo y la pierna derecha; *tatuaje* que se encuentra igual al de otras esculturas del mismo origen. Hay cabecitas que tienen una especie de aureola, figurada por bandas que se entrecruzan, formando triángulos rectángulos. Hay una cara de piedra de jaspe, redonda y gruesa (diám. 0ms. 08), que tiene agujereadas las comisuras de los labios, echado sobre la frente el pelo como una toca y dos orificios en las sienes, mediante los cuales podría colgarse de un hilo y llevarse al cuello. Más preciosos que esa joya, son dos ejemplares de piedra verde, taladrados también para usarse pendientes, perfectamente tersos y brillantes, de dibujo exquisito y magistralmente cincelados ó tal vez

moldeados: el mayor (de cms. 6x4) es una cara oval encerrada en un marco de circuillos y ondas, que forma sobre la frente un tocado de dos centímetros y cae recogido en pliegues sobre las orejas, donde remata una sarta de cuentas distintamente grabada en el cuello; el segundo es una efigie caricargra (mm. 5x1), en que el pelo está figurado por líneas verticales, y por una ranura separada la cabeza de un pequeño prisma triangular, sobre el cual se advierte un punto encerrado en dos circuillos concéntricos.

Imágenes de dioses ó de personas prominentes serán estas singulares reliquias; aunque por el hecho de llevarlas pendientes, á guisa de condecoración ó insignia, mejor es creer que eran lo primero y que se adornarían con ellas los varones esforzados y beneméritos. A igual uso deben suponerse destinadas: cuentas de piedra verde de varios tamaños; placas de la misma hermosa materia, taladradas en el centro; una manecita de hueso, dotada de agujeros también para colgarse; y pequeños caracoles y estrellitas de concha. Poco, según se ve, puede conjeturarse de las ideas religiosas de ese pueblo muerto; á menos que también

relacionemos con ellas el hallazgo de otros objetos de barro, que son dos cabecitas de perro y dos de coyote ó lobo.

VII

Los datos rigurosamente científicos serán los que la Antropología obtenga de los cráneos extraídos de la Cueva de los Muertos y de un túmulo del Monte de las Palmas, tanto más apreciables, cuanto que, por falta absoluta de datos históricos y lingüísticos, tenemos que contentarnos con los caracteres físicos.

Al examinar esos dos cráneos, he creído poder apreciar entre otras diferencias, las indicadoras del sexo. En el primero, el de la Cueva, que juzgo femenino, á la primera ojeada se advierte menor volumen, mejor conformada la frente por la brusca elevación del hueso frontal, cara pequeña, poco prominentes los arcos de las cejas, las órbitas casi redondas, el maxilar superior corto y el arco elíptico ó convergente, la bóveda palatina baja, el agujero occipital menos largo y menos gruesas las apófisis

mastoideas: con lo cual ya se deja entender cómo serán esos caracteres descriptivos del segundo cráneo, que sirve de término de comparación. El de la Cueva tiene de peculiar un tercer nudillo ó cóndilo en el *basion* y además la completa soldadura de las suturas. Apenas se distingue la escama de la sutura temporal izquierda y una línea ondulada en la coronal; el sitio de la sutura sagital en la mitad posterior y el de la parieto-occipital están marcados por una notable depresión. El ejemplar, es, pues, senil, de persona de sesenta años de edad ó más. Se confirma esta indicación con el estado del arco alveolar; pues los alveolos están atrofiados, á excepción de los que corresponden á las muelas, á un premolar y á un incisivo. En cambio, el segundo cráneo no sólo muestra bien marcados todos los alveolos, sino que aun conserva cuatro muelas, dos premolares, un canino y un incisivo, en pleno desarrollo, sin ningún indicio de caries y casi nada gastados.

Aparte de esas diferencias, ambos cráneos, que por desgracia están fracturados en gran parte del parietal derecho, corresponden al tipo que la Antropología señala

á las razas americanas: en los dos están muy borradas las tuberosidades frontales, y presentan igual deformidad, que consiste en la depresión ó aplanamiento del occipital; los dos tienen hinchado el parietal derecho, como si la presión se hubiese ejercido al mismo tiempo en el occipital contra una superficie plana, y de lado sobre el parietal izquierdo, en dirección al opuesto.

Esta deformidad y los demás caracteres indicados resaltan en el examen y comparación de las circunferencias y diámetros craneométricos, que voy á apuntar, según el método de Broca, con la desconfianza natural en quien apenas tiene ligeras nociones de esta ciencia nueva.

Diámetro antero-posterior del primer cráneo	154
Diámetro transversal máximo.....	157
Índice cefálico, 101. 9	
Diámetro antero-posterior del segundo cráneo.....	170
Diámetro transversal máximo.....	162
Índice cefálico, 95.2.....	

La sola enunciación de los diámetros muestra que son redondos los cráneos sometidos al estudio; y por el índice, demasiado alto en la escala que, como es sabido, comienza para los braquicéfalos en 83.34 se echa de ver su notable deformidad, comparable únicamente á la del cráneo peruano de Ancón, cuyo índice, según Topinard, es de 103.

A fin de que se aprecien mejor los caracteres revelados por el índice vertical y las circunferencias, pondré todas las cifras seguidas. Se facilitará también la comparación, viendo las que corresponden al primer cráneo enfrente de las del segundo.

Diámetro vertical.....	1 ^o 125	2 ^o 124
Índice	81.1	80.5

CURVAS.

Media frontal sub-cerebral...	18	22
Id. id. cerebral.....	90	90
Parietal	125	90
Occipital supra-auricular	60	90
Id. cerebelosa	43	48
Transversal supra auricular..	300	310
Id. total.....	440	460

Horizontal anterior.....	1 ^o 210	2 ^o 220
Id. posterior.....	270	300
Id. total.....	480	520

CARA

Longitud ofrio-alveolar.....	79	93
Anchura bizigomática.....	130	146
Longitud del esqueleto de la nariz	45	52
Anchura	27	25
Diámetro frontal mínimo....	91	101
Id. estefánico.....	114	123
Eje de las órbitas	37	37
Anchura	33	35
Long. agujero occipital.....	31	35
Anchura	25	26

Consideradas estas medidas como principales, creo que no es necesario expresar las secundarias, por ser generalmente admitido que no son positivamente útiles sino tomadas en una larga serie de cráneos. Las anotadas bastan, en mi concepto, para demostrar que los ejemplares á que se refieren, aun prescindiendo de que el lugar de su procedencia no había sido hasta ahora

explorado, son valiosos para la ciencia, por su carácter típico sobremanera notable. A ese propósito, debo añadir que el tercer cráneo que poseo, extraído como he dicho de un túmulo del llano del Rincón, aunque lastimosamente fracturado, no lo está á punto de impedir dar idea de su rara configuración. La frente es recta, y como en los ya descritos faltan las tuberosidades frontales. Debe haberse ejercido también en éste la presión sobre el parietal izquierdo, junto al vértice; pero á diferencia de aquéllos, no es aquí el occipital el hueso achatado, sino todo el casquete del cráneo, de suerte que las protuberancias superiores de los parietales y el bregma y el lambda quedan casi en el mismo plano; la sutura sagital está hendida en sus dos tercios posteriores, y la coronal izquierda participa en su primera mitad del aplanamiento del parietal y frontal de ese lado. Su diámetro antero-posterior es de 147, y el transversal máximo, de 159: así es que su índice cefálico es de 108,9, cifra altísima, que por sí sola basta para expresar la deformidad, mejor que pudiera hacerse con caracteres descriptivos aun minuciosos y cabales.

VIII

O mucho me engaño ó este carácter antropológico de la raza prehistórica de Guadalcázar, aunque ni siquiera rastro hubiese de su comunicación con la costa del Golfo, con la región de los huasteca, obliga á dirigir hacia allá las miradas y á recordar que, por el idioma, los huasteca son de la familia maya, entre la que era costumbre allanarse la cabeza desde la infancia.

El hallazgo de un cráneo antiguo en la ciudad de Puerto Progreso, por el mes de diciembre de 1883, hizo al Sr. Carrillo y Ancona, Ilmo. Obispo de Yucatán, recordar esa costumbre, que según él, se practicaba también por los indios "chinooks," y otras tribus que moraban á orillas del mar Pacífico y del Seno Mejicano. Aunque el docto anticuario no da las medidas del cráneo, sobre todo valioso por ser el único que se ha logrado sacar íntegro de los antiguos sepulcros mayas, su noticia es de la mayor importancia. "El ejemplar que acaba de descubrirse, dice, nos convence de que el uso era de un completo achatamiento, pues

así se deja ver aun cuando el citado ejemplar pertenezca á algún orden de los más exagerados de aquella costumbre." Excuso añadir que exactamente los mismos términos podría yo emplear respecto de los tres cráneos de Guadalcázar, y particularmente del último mencionado.

Puedo asimismo anotar otra coincidencia. Hablando de la costumbre de los mayas, de *sepultar los cadáveres con las insignias de su estado, ó los instrumentos de su arte ó profesión*, refiere el mismo ilustre escritor que junto á la cabeza chata de Puerto Progreso, se encontró un vaso, y dentro de éste tres flautillas hechas de huesos, lo cual le hace creer que era de un músico aquel cadáver. Lo mismo creí yo, de un muerto sepultado en un túmulo del llano del Rincón, por haber descubierto junto á él una cazuela con un pito de barro adentro, el que da sonidos tan dulces como los de una flauta, aunque por su forma, que es una cara esférica de animal unida á otra esfera menor, difiere mucho de ese instrumento.

Respecto de la postura en que se colocaba á los difuntos, concuerda con lo observado en Guadalcázar la relación que hace el ex-

plorador norteamericano Stephens de una excavación practicada en las ruinas de Ticul, Yucatán. "Estaba sentado el esqueleto, dice, con la cara al poniente. Tenía las rodillas apoyadas en el estómago, los brazos doblados por el codo, cogiéndose con las manos el cuello ó sosteniendo la cabeza. El cráneo desgraciadamente estaba roto; pero la cara estaba entera con las quijadas y los dientes, y el esmalte de éstos aún brillante, aunque al sacar el cráneo, muchos se cayeron."

En la misma postura colocaban los nahoas á sus muertos. Convengamos, sin embargo, en que menos coincidencias y concordancias han bastado á algunos arqueólogos para asentar conclusiones perentorias y aun para fundar todo un sistema. Es que, por reducido que sea el número de observaciones y de poco bulto las semejanzas que revelen con hechos ya divulgados y analizados, el ánimo naturalmente propende á señalar algunos resquicios, por ver si á través de ellos se filtra un rayo de luz que desvanezca las tinieblas de los remotos tiempos. Desde las ruinas de Altamira en Tamaulipas, hasta las de Guadalcázar en San Luis

Potosí, á través de la Huasteca, una serie casi no interrumpida de túmulos marca el sendero de los muertos: ¿cómo no pensar en que un día fué el camino de los vivos, de las gentes que vinieron por la mar?

IX

Los huasteca se achataban también la cabeza; y á la provincia de Pánuco, llamada Pantlán, Panotlán y Panoayán, *lugar por donde pasan*, vinieron en barcos por la mar, según la tradición. En la edad histórica, Quetzalcoatl desembarcó en Pánuco, se internó en el país hasta Tala, pasó á vivir á Cholula, y por Coatzacoalco después volvió á cruzar el piélago para ir á perderse en la tierra yucateca. Si, por una parte, sobra con estos datos para indicar la corriente de las emigraciones, podemos inferir, por otra, que los más antiguos moradores de Guadalcázar tenían hábitos sedentarios, puesto que vivían en casas é inhumaban los cadáveres de sus deudos, al menos de sus grandes, en túmulos para ellos soberbios y suntuosos, en que resaltaban las curvas, que tanto nos pla-

ce admirar en la base de los monumentos excelsos y en las cornisas y las cúpulas. Nos consta que siquiera en toscos instrumentos obligaban al viento á que interpretara sus alegrías y sus penas. Vemos que sabían elegir de los colores para pintar su pecho, el rojo, que denota el amante ardor de las nobles almas; y el verde, conocido emblema de la dulce esperanza, para las joyas con que habíau de parecer mejor á su propios ojos y á los de las personas amadas. Si sus mazas y flechas descubren que no eran ingeniosos sus medios de subyugar ó destruir, hay que considerar que sólo el arco y la clava estaban bien en manos de quienes se nutrían con el aire de las altas montañas y luchaban á diario con las fieras. Y si consagraban su culto á la imagen de un animal ó á una figurilla humana de barro, de compadecerlos tenemos, porque simbolizaban en sujetos tan viles los atributos del Altísimo. Mas ¿qué misión vinieron á desempeñar esos indios en el curso de la vida social? ¿Dónde está ahora la cadena de que se apartaron un día como un eslabón que se destraba? A donde fué á parar la simiente de sus ideas cuando se rompió el frágil vaso que los encerraba?

En aquella lúgubre escena de los sepulcros, al devolver á la huesa el cráneo de Yorick; Hamlet, con la impetuosidad que distingue á las creaciones de Shakespeare, lanza su pensamiento en pos de la suerte que haya corrido al polvo de Alejandro, que tuvo en otro tiempo atemorizado al orbe. Para deplorar los estragos de la muerte y confundirse ante sus pavorosos misterios lo mismo da contemplar el polvo de un bufón desventurado que el de un autócrata famoso; en tanto que cuando se quiere desgarrar el velo de un pasado lejano y forzar á los huesos á que revelen algunos secretos de la vida, hay que pesar y medir y comparar la clase y cantidad del barro, soldar los fragmentos, reconstituir el esqueleto y buscar las huellas que no pueden menos de haber dejado en él la ambición que ciega, el amor que exalta, el odio que envilece; y aun así, se escapará siempre el espíritu, como, sentado al borde de las tumbas de Guadalcázar, en la soledad de aquel llano angosto cercado de montañas que parecían oprimirme, se escurría por mis dedos la substancia ósea, que á poco esparciría el viento para mezclarla y confundirla con la

de extrañas gentes que han caído después luchando en el mismo suelo.

Recordamos cómo del seno de la muerte vió surgir la vida el profeta de Dios en aquel horrible campo á que le llevó, poblado de huesos y de triste silencio. Hízole dar una vuelta en derredor de ellos, y le preguntó: — Hijo del hombre, ¿crees que estos áridos huesos vuelvan á tener vida? — Oh Señor Dios, respondió humildemente Ezequiel, Tú lo sabes. — Pues háblales, díles que oigan mi palabra; que Yo infundiré en ellos el espíritu, haré que crezcan sobre ellos carnes y las cubriré de nervios y les daré espíritu y vivirán y sabrán que soy el Señor. Obedeció el hijo del hombre; y en medio de gran conmoción se juntaron huesos á huesos, cada uno por su propia coyuntura; salieron sobre ellos nervios y carnes y por encima se cubrieron de piel. Mas el espíritu no venía. A nuevo mandato de Dios, y en su nombre santísimo, el Profeta llamó al Espíritu, que vino de los cuatro vientos, sopló sobre los muertos y resucitaron.

Va la ciencia humana al campo de la muerte; encuentra sólo huesos áridos y

manda que les salgan nervios y se cubran de carnes y piel. Abriguemos la esperanza de que algún día realice ese prodigio estudiando; pero tengamos por seguro que mientras el espíritu de Dios no sople de los cuatro vientos, no resucitarán.

1895.



DISCURSO

sobre la

INSTRUCCION PUBLICA EN SAN LUIS POTOSI,

DURANTE LA DOMINACION ESPAÑOLA,

Pronunciado en el Teatro de la Paz de San Luis Potosí,
la noche del 6 de Junio de 1897.

en la

inauguración de la Sociedad Científico-Literaria
de la misma Ciudad.